

Una aproximación histórica a la migración de sirios, libaneses y palestinos en Norte de Santander

GLADYS ADRIANA ESPINEL RUBIO
ELIANA CATERINE MOJICA ACEVEDO*

Introducción

La presencia de sirios, libaneses y palestinos en Colombia desde 1880 ha permitido a los estudiosos de las migraciones y de las transformaciones sociales, políticas y económicas que estas generaron en el país ubicarlos en un lugar preponderante. El número de migrantes quizás no es el más significativo, pero sí los aportes que estos han hecho a la construcción de identidad nacional, la configuración de nuevas prácticas comerciales y a las dinámicas políticas territoriales. Aunque estudios adelantados por Vilorio (2003), Fawcett & Posada (1992), Herrera (2016) y Martínez (2009), entre otros, evidencian de manera preferente el asentamiento de las migraciones “árabes” en la costa caribe colombiana, en Bogotá y Cali; otras ciudades intermedias del oriente, como Bucaramanga, Cúcuta y Ocaña (estas dos últimas ubicadas en zona de frontera con Venezuela) también se convirtieron en el hogar

* Red de Investigación en Asuntos de Frontera (RIAF), representadas en la Universidad de Pamplona y la Universidad Francisco de Paula Santander.

de algunas familias cuyos linajes perviven tras haber alcanzado representación política y social.

Las investigaciones sobre migrantes sirios, libaneses, palestinos y jordanos en estas ciudades del nororiente de Colombia son escasas quedándose apenas en el ámbito regional, sin trascender a explicaciones sobre su inserción en la vida cotidiana y la cultura de las comunidades receptoras, ni comprensiones sobre sus prácticas de establecimiento. Se reconocen los casos de las familias Turbay, Brahim, Cristo, Lamk, Saad, Assaf, Mrad y Elcure, entre otras, radicadas en Norte de Santander, quienes lograron sostenerse económicamente a través de las casas comerciales y además incursionar en las instituciones del Estado, ya por designación o por elección popular; un primer ejemplo fue María Susana Awad, nacida en Ocaña (Norte de Santander¹), hija de árabes, quien se convirtió en la primera mujer en el país designada como alcaldesa en Ocaña, la segunda ciudad de importancia del Departamento después de Cúcuta (Viloria, 2003).

Este documento realiza una aproximación histórica a la presencia de sirios, libaneses y palestinos en Norte de Santander y explora su incidencia en el departamento a partir de la revisión documental de fuentes secundarias y entrevistas, utilizando como método la crítica de fuentes y como perspectiva interpretativa la apuesta sociológica de Norbert Elias, sobre establecidos y marginados. Así mismo, pretende abrir el panorama al estudio de las migraciones en Cúcuta y Ocaña, ciudades que, por su ubicación y desarrollos comerciales próximos a la frontera entre Colombia y Venezuela, se constituyen en lugares de tránsito frecuente de nacionales y extranjeros en donde existe la necesidad de reconocer al otro a partir de relaciones de alteridad.

1 El departamento denominado Norte de Santander fue creado en el año 1910 reuniendo a las provincias de Ocaña, Pamplona y Cúcuta, y desligándolo políticamente de Santander, cuya capital hasta la actualidad es Bucaramanga. Uno de los argumentos ofrecidos para su división es que pertenecían a “hoyas hidrográficas determinadas y exclusivas que las mantienen unidas a una zona geográfica indivisible, con intereses comunes a todas; las distancias, las cordilleras y sus páramos mantienen a estas ciudades separadas de Bucaramanga”, señaló el general Benjamín Herrera, en la Asamblea Nacional Constituyente convocada por Ramón González Valencia tras la renuncia del general Rafael Reyes.

Las “trazas” de la presencia siria, libanesa y palestina son más sutiles en Cúcuta que en Ocaña; en la primera, se evidencian en su gastronomía y la predominancia en la esfera pública de la familia Cristo², de esta se dice que “el primer árabe en Cúcuta fue don Jorge Cristo, bisabuelo del exministro del Interior (Juan Fernando Cristo), quien habría llegado a finales de 1890 y fundador la empresa ‘La Oriental’, dedicada a comerciar con café”³ (Brahim, 2016); mientras en la segunda, pese a un brote violento de xenofobia que debieron enfrentar a mediados del siglo xx, en la actualidad ya establecidos, hacen parte fundamental de la vida cotidiana y cultura de la región. Se suma además en Ocaña la migración de jordanos, aunque muy pequeña en relación con los libaneses.

“Árabes” y “turcos”

Los términos *árabe* o *turco* fueron los más utilizados en Colombia para denominar a los inmigrantes sirios, libaneses y palestinos que llegaron al país desde finales del siglo xix. La mayoría intentaba huir del servicio militar obligatorio impuesto por el Imperio otomano a los hombres, y que se dirigía particularmente contra los cristianos. Claro que mientras el término *árabe* tiene una referencia étnica, y en algunos, ideológica o religiosa; el segundo, “turco”⁴, posee una connotación

2 Los Cristo se constituyeron en la familia migrante ‘árabe’ más importante en Norte de Santander, llegando a impactar no solo económica sino políticamente la región y el país. Jorge Cristo Sahium, padre de Juan Fernando Cristo (exsenador y exministro) fue líder del Partido Liberal en esa región de tendencia conservadora, y murió asesinado en 1997 mientras su hijo ejercía como diplomático.

3 Así lo relató Fauzi Brahim Sus, conocido como ‘Polo’, en el blog corporativo Unicentro, sobre la migración árabe en Cúcuta y publicado en el 2018. <https://www.unicentrocucuta.com/uninoticias/migracion-arabe-cucuta/#comments>

4 En el libro *El turco: diez siglos a las puertas de Europa*, del periodista Francisco Veiga, se pueden evidenciar otras perspectivas. En dicho trabajo, se presenta un extenso relato histórico del Imperio otomano, la compleja relación que ha tenido con el resto del continente y la tensa situación que se dio en la Unión Europea en el 2003 cuando se propuso su ingreso a esta.

peyorativa que incluso subsiste en la actualidad para denominar a las personas que comercializan cachivaches, telas y enseres o cualquier producto de forma engañosa.

Desde 1930, la presencia ‘árabe’ comienza a aumentar en la costa norte de Colombia, razón por la cual muchos inmigrantes deciden trasladarse al interior del país en busca de otras ciudades en las cuales no hubiera tanta competencia comercial. Los ‘árabes’ se establecen en otros pueblos de la costa Caribe como Lórica, San Bernardo del Viento, Cereté y Ciénaga de Oro, pero también se instalan en Cúcuta, Ocaña y Barrancabermeja, al igual que en muchas otras ciudades del centro sur del país, como Ibagué, Villavicencio, Buga, Girardot y Tunja. (Fawcett & Posada, 1992; Landazabal, 2010; Herrera, 2016).

Por otra parte, Cali y Bogotá sobresalían en 1945, por el gran número de representantes de la comunidad árabe en el país. Antioquia, es el único departamento en el que no se encuentra esta presencia; debido a que los ciudadanos de esta región son reconocidos por su tesón y emprendimiento, motivos que no permitieron a los sirio-libaneses radicarse allí.

En Ocaña, segundo municipio de Norte de Santander, llegaron a finales del siglo XIX las primeras familias sirias y libanesas. El recorrido de cada familia y su llegada a esta población fue narrado por don Zajia M. Numa en su obra titulada *Libaneses y sirios en Ocaña*.

La llegada de sirios, libaneses y palestinos a la región habría podido ser mayor, pero las restricciones que impuso el Gobierno de la época, al ingreso de extranjeros que no fueran europeos occidentales, la limitó. Frente a este tema, Viloria (2003) expone el caso del señor Ali Ahmad Alama, quien esperaba asentarse en Cúcuta, pero recibió respuesta negativa del Ministerio de Relaciones Exteriores argumentando que la cuota para libaneses ya estaba cerrada. En 1935, el 26% (una de cada cuatro) de las solicitudes de visa presentadas por sirios, libaneses y palestinos fueron negadas por la misma razón. En algunos casos, inmigrantes sirios, libaneses o palestinos que viajaban a sus lugares de origen no podían ingresar al país a su retorno por falta de cupos, según lo determinado por la ley (Viloria, 2003).

Si bien es cierto que la llegada de sirios, libaneses y palestinos a Colombia está referenciada desde 1880, la migración a Norte de Santander es posterior. Se debe tener en cuenta que solo después de 1910 este departamento es reconocido como tal, razón por la cual los primeros ‘árabes’ que se asentaron en los municipios de Cúcuta y Ocaña consideraron que llegaban a Santander. Por esta razón, los estudios sobre migraciones que se han realizado para el siglo XIX apuntan a trabajar el Gran Santander y se reconoce la presencia de alemanes, ingleses, italianos, daneses y norteamericanos, entre otros lugares de procedencia de inmigrados. Se destacan las investigaciones de la migración alemana, dejando un vacío en el estudio de dicho fenómeno en Cúcuta y Ocaña, en donde también se dio el tránsito de personas de estas nacionalidades que provenían o se dirigían hacia Venezuela.

Landazábal (2010), en su trabajo *Presencia de sirios, libaneses y palestinos en Bucaramanga entre 1890 y 1950*, relaciona que la casa comercial de la familia Cristo que contaba con una subsidiaria en la capital de Santander había sido fundada en Cúcuta en 1912.

Otros autores como Rodríguez (1989), en *La inmigración alemana al Estado Soberano de Santander en el siglo XIX: repercusiones socio-económicas de un proceso de transculturación*, presenta la inserción de esta comunidad (al menos 100 alemanes) como un proyecto concebido desde el mismo país de origen; y Garnica (1992), en el artículo “Guarapo, champaña y vino blanco”, presenta las dos caras de la inmigración alemana a Santander: el comercio y la educación. Ambos documentos abordan los conflictos generados por la preponderancia que adquirieron en materia comercial. Landazábal (2010) manifiesta que sobre este asunto también se escribieron:

La culebra pico de oro: historia de un conflicto social de Mario Acevedo Díaz; *Siete y ocho* de Edmundo Harker Puyana; *Escenas criminales en Bucaramanga* de 1879; *Pico de oro: la resistencia artesanal en Santander* de Orlando Pardo Martínez; y *Los picos de oro: fracaso de un programa anti radical en Santander* (1869-1879); además, la obra literaria *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama. (p. 17)

¿Establecidos o marginados?

La investigación de Landazábal (2010), por ser pionera en esta temática en el nororiente del país, se ha constituido en un modelo por seguir para la elaboración de la presente publicación, sin embargo, para el análisis del proceso se desestimó el enfoque teórico histórico-estructural de Massey, que construye su unidad de análisis en el sistema y sus elementos, estudiando, más que a individuos, la interdependencia de los polos migratorios en todos sus vínculos (históricos, económicos, políticos, sociales, culturales), y comprendiendo el fenómeno con un carácter dinámico; sino que se abordó el fenómeno desde la propuesta de Norbert Elias en donde las relaciones de poder, la estigmatización, imaginarios, identidades y alteridades entre establecidos y marginados hacen parte de las redes sociales y de la comprensión del ser y estar de los migrantes.

Las migraciones son fenómenos sociales que no pueden ser leídos desde una única arista; por lo tanto, se requieren de aportaciones de la antropología, la sociología y la economía para construir la historia de los inmigrantes, más aún cuando estos, como los sirios, libaneses y palestinos, se han insertado en la dinámica de las sociedades que los acogen permeando incluso sus prácticas cotidianas, hasta consolidar manifestaciones culturales que a los locales les parecen propias, y la línea que separa a unos y otros termina desvaneciéndose con el paso del tiempo.

En la apuesta teórica de establecidos y marginados y la relación de poder que existe entre ambos, Elias reconstruye el concepto de forastero, de extranjero, del otro, de tal manera que puede usarse para explicar el fenómeno de rechazo a los inmigrantes sirios, libaneses y palestinos (o a los asiáticos) que se dio en toda América Latina.

A finales del siglo XIX e inicios del XX, los colapsos de los otrora imperios ruso, otomano y austrohúngaro, los conflictos en el Medio Oriente y las dos guerras mundiales, entre otros acontecimientos, propiciaron que miles de personas huyeran de sus territorios o simplemente salieran por su voluntad de estos, para buscar calidad de vida. El caso de sirios, libaneses y palestinos en Lorica, Córdoba, es un ejemplo particular que ha sido estudiado en Colombia por Vilorio (2003). En

su artículo, el autor presenta las circunstancias en las que llegaron los primeros inmigrantes árabes a Colombia desde finales del siglo XIX, así como sus actividades económicas más importantes, explicando que escogió a Lorica como punto de referencia, al ser una de las poblaciones más próspera de la subregión del Sinú durante el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX y allí se estableció una de las comunidades árabes más numerosas del país.

Sin embargo, para mediados de siglo XX, la sedimentación del río Sinú y la construcción de las primeras carreteras troncales llevaron a la decadencia comercial de Lorica. Esta situación provocó la salida de varios comerciantes sirio-libaneses, que se marcharon a ciudades más dinámicas como Barranquilla, Cartagena o Montería, en busca de nuevas oportunidades de negocio y una mejor educación para su descendencia. Registra, además, algunos estudios de caso como la evidencia empírica del ascenso y aceptación social de los inmigrantes y sus descendientes en el Caribe.

Mientras algunos estudios contemplan la llegada de estos migrantes en Colombia para 1880, Vilorio de la Hoz asegura que comenzaron a llegar a Latinoamérica y el Caribe en la década de 1870. Describe el viaje en dos recorridos; en un primer tramo, los inmigrantes viajaban por vía marítima entre Beirut o Trípoli hasta Marsella, en barcos que en su mayoría eran de la Compagnie Generale Transatlantique Francaise. Ya en territorio francés, la empresa naviera o intermediarios les organizaban el segundo tramo del viaje, con destino final a América: de manera arbitraria o conforme a sus conveniencias en materia de cupos, disponía el destino final, en el continente, de esos pasajeros Lemaitre (1983) (citado en Vilorio, 2003).

Los destinos preferidos de estos pioneros eran los Estados Unidos, Brasil, Argentina, Chile y México, mientras que otros países como Colombia representaban un destino de segunda opción. Al respecto, afirma el historiador Hourani (2003), en *Historia de los árabes*, que los inmigrantes, por no poseer las calificaciones requeridas para ingresar a los Estados Unidos, tenían como opción ser llevados por su barco al primer puerto en el Caribe o a la costa occidental de Suramérica.

Una de las dificultades para estimar la población de origen árabe en Latinoamérica radicó en el hecho de que, a su llegada, los

inmigrantes eran registrados indistintamente como turcos, otomanos, sirios o árabes, fue solo en la década de 1930 cuando algunos países decidieron diferenciarlos entre sirios, libaneses, palestinos, armenios o turcos otomanos. Para la década de 1920, se estimó en 165.000 la población sirio-libanesa residente en Estados Unidos (sin incluir palestinos); 162.000 en Brasil; 148.000 en Argentina; y 3.767 en Colombia. También se conoce que entre abril de 1924 y diciembre de 1925 entraron a Bolívar 728 extranjeros, de los cuales 192 eran ‘sirios’ (entiéndase, sirios, libaneses y palestinos), 136 ingleses, 97 norteamericanos, 59 italianos y 58 alemanes.

Como se evidencia, la cantidad de ‘sirios-libaneses’ en Colombia no alcanzó al 3 % de los que migraron a otros países; para Vargas (2008), esto se debió a las políticas públicas y leyes que se implementaron en relación con la inmigración de extranjeros, especialmente el grupo en mención. Afirmaciones como “Colombia, [es] un país curiosamente abierto a lo extranjero, pero cerrado al potencial de una inmigración masiva” o “el país [...] evolucionó hacia una extraña mentalidad de aislamiento, de retraimiento internacional, que lo hacía mirar con horror cualquier esfuerzo que tendiera a ponerlo en contacto con el mundo exterior”, muestran que este país no ha sido de fácil acceso para la inmigración extranjera, si se compara con otras naciones del continente.

En el siglo XVI se dio la llegada de artesanos de origen árabe o judío y luego en el siglo XVIII, según Yunis (2003), durante la Colonia los extranjeros eran tan pocos que, cuando en 1720 la Corona ordenó la expulsión de todos los extranjeros que se encontraran en sus territorios, apenas había dos en la provincia de Antioquia, y ambos eran italianos (p. 86). Llegando a la independencia, era apenas uno el extranjero en Zapatoca, Santander, por ejemplo, pero a finales de esta época se pasó de una prohibición total de la presencia de ciudadanos de otros países europeos en sus colonias americanas, a una mayor flexibilidad durante el período de los Borbones. El recelo revivió con la participación de estos en la Independencia.

Frente a la pregunta de por qué fracasaron las políticas de inmigración en Colombia, no hay una respuesta precisa, pues aunque desde 1823 se promulgaron leyes para favorecerla en el siglo XIX, como

incentivarlos con extensiones de tierra y el disfrute de derechos ciudadanos, los resultados no fueron los mejores. Siendo Manuel Ancízar secretario de Relaciones Exteriores y Mejoras Internas del Gobierno del general Mosquera, lanzó en 1847 una gran campaña de promoción de inmigración: se asignaban tres millones de fanegadas de tierras para entregar a los inmigrantes, además, un auxilio de 50 pesos por cada inmigrante y no se restringía el ingreso al país de ciudadanos de determinadas nacionalidades y de ciertas profesiones. No obstante, un par de años después se concluía que eran estériles todos los esfuerzos hechos para atraer al territorio de la Nueva Granada la población de otros países. El plan fracasó por el desinterés de funcionarios y la ausencia de inventarios de terrenos baldíos, la falta de transporte y las dificultades climáticas. Hasta Agustín Codazzi, geógrafo italiano que se instaló en la Gran Colombia, criticó la política migratoria y pidió no copiar el modelo de los Estados Unidos, en cambio, le sugirió al país que favoreciera la inmigración suelta, por familias o individuos, eso sí, formada por artesanos y artistas europeos.

Cuando se intentó pasar la política migratoria a manos privadas, esta también fracasó. Así, al final de los años cincuenta del siglo XIX, frente al tema de la inmigración los dirigentes colombianos no estaban dispuestos a dejar ir tan rápido el ideal civilizador de la inmigración europea, pues se consideraba que los extranjeros que debían llegar al país debían ser originarios de ese continente. En 1856, Lino de Pombo, secretario de Relaciones Exteriores, explicó en el Congreso que no ofrecía ventajas aumentar la población local con “la raza asiática o malaya”, por el contrario, insistía en la “vigorosa e inteligente raza europea” (Herrera, 2016, p. 12).

Aunque el objetivo de blanquear a la población con la inmigración había pasado a un segundo plano, con la llegada de la Regeneración (1878-1898) se retomaron estas banderas. Entonces, “el fracaso de la inmigración europea, hasta ese momento deplorado con frecuencia, comenzó a aparecer como una bendición” (Vargas, 2008, p. 159). Los españoles se perfilaron como el grupo preferido, puesto que la población española era una garantía de conservación de los valores católicos y de cultura hispana defendidos por el movimiento de la Regeneración. Sin embargo, el país era poco conocido en España.

Ya en las últimas décadas del siglo xix, José María Samper, abogado, periodista y parlamentario, insistía en la amenaza que presentaban las inmigraciones cuando afirmaba:

También contienen las inmigraciones extranjeras, en los pueblos nuevos, como los americanos, un gran peligro: el de comprometer la unidad nacional del pueblo que las recibe [...]. Si no se adoptan correctivos eficaces, un pueblo joven puede perder, dominado por las ondas de los inmigrantes extranjeros, lo más noble y lo más íntimo de su ser colectivo: su espíritu nacional y su lengua. (Vargas, 2008, p. 160)

Pero la situación no se presentaba solo en Colombia. En el siglo xx, los países americanos influenciados por teorías eugenésicas impusieron leyes restrictivas a los inmigrantes. A manera de ejemplo, se citan apartes de un decreto del 10 de junio de 1904, basado en la Ley n.º 6 de 1897, promulgado por el Gobierno de Costa Rica, que dice así:

... es urgente que el gobierno dicte medidas preventivas para evitar la inmigración de gentes que, por su raza, sus hábitos de vida y su espíritu aventurero e inadaptable a un medio ambiente de orden y trabajo, serían en el país motivo de degeneración fisiológica y elementos propicios para el desarrollo de la holganza y del vicio... decreta: Artículo 1) Prohíbese el ingreso a la República de árabes, turcos, sirios, armenios, gitanos de cualquier nacionalidad. (Vargas, 2008, p. 161)

En México, en la segunda mitad del siglo xx, se establecieron leyes restrictivas que afectaron a los árabes. En el año de 1926, se obligaba a pagar una importante suma de dinero para obtener los derechos de inmigración, y la necesidad de disponer, como mínimo, de la suma de 10.000 pesos para conseguir el permiso de entrada en el territorio mexicano y las leyes de inmigración de la época eran restrictivas en lo que concernía a la entrada de inmigrantes extraeuropeos como negros, chinos, turcos y sirios, palestinos, libaneses y árabes en general. En Honduras, también se promulgaron leyes restrictivas que incluían a los árabes, sobre todo en 1929 y en 1934. Los que llegaron en esta época tuvieron que pagar muy elevadas tasas de inmigración; Chile

sintió al igual la necesidad de aceptar una inmigración selectiva, “escogiendo a aquellos inmigrantes que mejor compatibilizaran con ella, incluidas las características étnicas” (Vargas, 2008, p. 162).

Así en Colombia, durante las tres primeras décadas del siglo xx, los controles para los inmigrantes se hicieron más rigurosos. El asunto generó discusiones en diferentes escenarios de la sociedad y la opinión se dividió en dos tendencias igualmente discriminatorias. Por un lado, los partidarios de una inmigración blanca para poblar y sacar del atraso al país, y así mejorar la raza. Y, por otro lado, los que pensaban que la inmigración suponía muchos peligros que podían tener efectos contraproducentes. Con el tiempo se llegó hasta el extremo de que en los periódicos nacionales aparecieron notas en las que se indicaban cuáles debían ser las características físicas del inmigrante para poder ser aceptado en el país o editoriales que contenían frases como “sería una irrisión que nos afanemos por traer mejor sangre para nuestros ganados y fuéramos a traer la más baja y pobre para nuestras venas” (Vargas, 2008, p. 165), refiriéndose a los nipones, chinos y turcos.

En coincidencia con Vargas es claro que había también una relación basada en el miedo a lo desconocido y a lo que es distinto: al lado de las prevenciones venidas del fondo de nosotros mismos y de las causadas por peligros concretos, se deben tener en cuenta los miedos culturales que pueden tomarse al individuo y con él a las colectividades, debilitándolas.

De allí la importancia de la propuesta de Elias & Scotson (1965), quienes publicaron *The established and the outsiders: A Sociological Enquiry into Community Problems*, en la que abordan una problemática sociológica ampliamente estudiada desde el campo de la sociología de las migraciones: cómo se construye socialmente la figura del forastero o del extraño. La obra es un apoyo fundamental para el estudio de los procesos de construcción de alteridades en sociedades receptoras de inmigración y, además, para el estudio de los asentamientos de población inmigrada y sobre las relaciones entre distintos grupos sociales. Elias y Scotson adoptan un enfoque figuracional para comprender y explicar las condiciones en que un grupo está en disposición de difamar a otro grupo a través de las sociodinámicas de la estigmatización.

Para Elias y Scotson, lo que diferencia a los establecidos de los marginados son los recursos de poder de que cada uno de ellos dispone, y entre mayor sea la desigualdad de poder (de cualquier tipo: político, económico, afectivo, etc.), menor es el realismo y mayor la distorsión en la percepción de los establecidos (Alcalde, 2011). Los individuos y grupos crean una visión en blanco y negro basada en el juicio de una minoría de lo mejor a la cual se envidia y una minoría de lo peor a la que se desprecia. La autoimagen y la visión del otro dependen, en estos casos, del ‘diferencial de poder’ y de la autoconfianza de los miembros del grupo. Este modelo se puede aplicar a varios fenómenos.

En la comunidad de Winston Parva, en la que realizaron el estudio, los establecidos sobreponían características especiales a los recién llegados que los hacían menos virtuosos que ellos. Elias (2002) (citado en Bejar, 1994) recuerda la comunidad judía de su infancia como una sociedad que disimulaba su exclusión social: se era un hombre de segundo orden, pero no se consideraba como tal. Bejar (1994) concluye: “Marginados en la universidad, la diplomacia y el alto funcionariado, los judíos buscan su integración en los ámbitos de la economía y de la cultura” (p. 21).

Los aportes de Elias permiten elevar la perspectiva del prejuicio individual a la del nivel del grupo (estigmatización grupal). La base de esta figuración es el desequilibrio del poder y las tensiones inherentes a él. Al mismo tiempo, otra aportación relevante ha sido la de insistir en que, si bien el estigma puede estar configurado por elementos culturales, raciales o étnicos, su base tiene origen en las relaciones de poder y en los procesos de exclusión o desigualdad social. Así, el estudio realizado en Winston Parva describe de qué manera se produce la estigmatización de los recién llegados, lo que permite encontrar paralelismos acerca de cómo las sociedades receptoras de inmigración consolidan el imaginario sobre la figura del inmigrante.

Otras apuestas como la que Robert Ezra Park desarrolló desde el Departamento de Sociología de la Escuela de Chicago, orientadas a conocer la cuestión del inmigrante en los Estados Unidos, privilegian la concepción de las relaciones étnicas como marcador de las interacciones entre inmigrantes. Para Park —y en sintonía con Simmel—, la ciudad logra configurar múltiples grupos y hace posible que los individuos

puedan moverse entre estos y rehuir así las constricciones del grupo primario, los vínculos locales. Esto otorga al ambiente urbano una diversidad social y cultural, una libertad que estimula y educa a los ciudadanos en nuevas referencias de comportamiento posible, lo cual facilita la aparición del hombre marginal. Sin embargo, en Winston Parva ocurre todo lo contrario porque allí las personas marginadas no deciden serlo, sino que esa condición les es impuesta por el grupo de los *established*, donde su posición marginal no es un caso de libertad, sino una condena estigmatizadora (Alcalde, 2011).

La figura del marginado de Elias está sujeta a una comunidad que la configura y la construye como tal. No es un ser errante y movable como el hombre marginal de Park. Los recién llegados a Winston Parva llegan para instalarse allí, quieren ser sedentarios, si bien el estigma los convierte en perpetuos forasteros, casi como si fueran extranjeros en su tierra.

No obstante, al igual que este extranjero de Park, los marginados de Elias, al no formar parte de un grupo, disfrutan de alguna manera de ese grado de libertad, pero, a cambio, se ven relegados a una posición social periférica dentro de la sociedad. Ahora bien, los privilegiados, los *established* pagan un precio alto por su condición, a saber, la de verse sujetos a las normas que marca el grupo. Pese a esto, la ciudad de Park y Simmel no consigue invisibilizar de igual modo a todos sus extraños. La invisibilidad del hombre marginal que señala Park no se da entre aquellos inmigrantes o extraños que sustentan rasgos fenotípicos que los identifican. En este punto, el análisis de Elias es relevante a la hora de estudiar los procesos de asentamiento de la población inmigrada y las relaciones de convivencia entre autóctonos y extranjeros, ya que sostiene que las tensiones y los conflictos entre los dos grupos pueden permanecer en estado latente —cuando el diferencial de poder es enorme— o pueden manifestarse en forma de conflictos constantes, lo que sucede cuando el equilibrio de poder se traslada a favor de los extranjeros.

En definitiva, como afirma Bauman (1995), todas las sociedades producen su propia clase de “extraños”, y lo hacen de una forma inimitable. Es por esto que la investigación de Elias y Scotson resulta de gran interés para plantear cómo alguien llega a ser definido, pero

también a autodefinirse, como un forastero, un extranjero, un inmigrante... un *outsider*.

Pero ¿qué significa en este estudio ser un inmigrante? Primero se determinó que la migración es un movimiento espacial permanente o semipermanente de individuos, familias o grandes colectivos de un lugar geográfico a otro, que provoca cambios en el sistema interactivo de los emigrantes. Es claro que toda migración tiene una relevancia histórica porque ejerce influencia significativa en el cambio estructural tanto de la tierra originaria como en la nueva tierra (Landazábal, 2010).

Dado que la migración supone transformaciones estructurales, vale la pena introducir acá también el concepto de *cultura*, porque a partir de esta se determina la identidad y los imaginarios. Para Harris, es más sencillo definir la cultura desde lo que no es. Explica que la cultura no “se obtiene estudiando a Shakespeare, escuchando música clásica o asistiendo a clases de historia del arte” (Harris, 2004, p. 17); todo queda claro, pero que más allá de esta negación siempre aparecen confusiones:

Para algunos antropólogos, la cultura consiste en los valores, motivaciones, normas y contenidos ético-morales dominantes en un sistema social. Para otros, la cultura abarca no sólo los valores y las ideas, sino todo el conjunto de instituciones por las que se rigen los hombres. Algunos antropólogos consideran que la cultura consiste exclusivamente en los modos de pensamiento y comportamiento aprendidos, mientras que otros atribuyen mayor importancia a las influencias genéticas en el repertorio de los rasgos culturales. Por último, unos opinan que la cultura consiste exclusivamente en pensamientos o ideas, mientras que otros defienden que consta tanto de los pensamientos e ideas como de las actividades anejas a los mismos. Mi postura personal es que una cultura es el modo socialmente aprendido de vida que se encuentra en las sociedades humanas y que abarca todos los aspectos de la vida social, incluidos el pensamiento y el comportamiento. (Harris, 2004, p. 17)

Así las cosas, es posible entender que frente a los inmigrantes sirios, libaneses y palestinos que se asentaron en Ocaña se dio la relación de poder caracterizada por Elias como establecidos y marginados,

en la que los primeros tienden a estigmatizar a los segundos por considerarlos carentes de los valores humanos con los que se inició su nueva comunidad. Esta relación de poder permitió resaltar diferencias económicas, políticas y culturales, que a la postre contribuyeron a la formación de un imaginario sobre el otro, el forastero o el extranjero que se segrega y margina, esto, fundamentalmente a mediados del siglo xx.

En Cúcuta, frontera directa con el estado Táchira (Venezuela) y con una historia de comercio binacional con el estado Zulia (Venezuela) y la entrada y salida de mercancías y víveres por el lago de Maracaibo, los sirios, libaneses y palestinos lograron establecerse sin afrontar relaciones de poder desde la subordinación, antes bien, permeando de manera sutil la cultura y ampliamente la vida política y económica.

Libaneses, sirios, palestinos y jordanos en Ocaña

Numa (1990), en “Sirios y Libaneses en Ocaña”, relata las discriminaciones a las que se veían sometidos estos inmigrantes a su llegada a esta ciudad que estaba habitada por 25.000 personas, “y existía como es de suponerse, la mentalidad aún pueblerina entre las gentes, quienes se burlaban y se reían de los extranjeros al usar un castellano mal hablado o palabras que no fueran en el idioma vernáculo”. Los recién llegados eran víctimas permanentes de demostraciones jocosas, risas y burlas; situaciones que los avergonzaban.

Sin duda, el acento diferente fue motivo de burla y chistes en círculos sociales como lo recuerda Hayfa Numa⁵, citado en Pacheco (2016):

Mi abuelo sí que padeció su venida a Colombia porque no sabía el idioma, era un niño de 8 años, que estaba en plena infancia, tuvo que dejar a sus amigos, aprender un idioma difícil, comer diferente, vestirse diferente, la gente se burlaba mucho de él y

5 Entrevista a profundidad realizada por Diego Alexánder Pacheco Arengas para su trabajo de grado *Reconstrucción de la memoria histórica de la emigración de libaneses, sirios, palestinos y jordanos en Ocaña, Norte de Santander*. Universidad Francisco de Paula Santander, seccional Ocaña, 2016.

seguramente de toda su familia, fue muy duro para los árabes que los aceptaran. (p. 36)

Otra posibilidad para las burlas la ofrecía su gastronomía: “Nosotros éramos los turcos ‘come hierbas’. En el colegio, todo el mundo: ‘turco come hierbas’, ‘turco come hierbas’. Claro, como comemos tantas especies: hierbabuena y no sé cuántos...” (Numa, citado en Pacheco, 2016).

Luna (citado en Pacheco, 2016), una socióloga que vio de cerca el asentamiento de estas familias árabes en Ocaña, analiza su llegada, su rápido poder de adaptación y su aporte cultural:

Ellos llegan y de cierta forma traen una cultura europea y le impactaba a la gente. Yo me acuerdo que se reunían las señoras a preparar la ensalada rusa, que en Ocaña nunca la habían conocido, preparaban los kippes, los pastelitos de repollo, el tahine, y se reunían los sábados y los domingos a compartir con todo el que llegaba a visitarlos [...] entonces ellos llegaron a Ocaña y a pesar de que venían con pocos bienes económicos, ellos se convirtieron en cabeza de ratón, por allá (en medio oriente) eran colas de león y aquí eran cabezas de ratón... ellos eran los que mandaban la parada en la moda, en la cultura, en cómo actuar frente a algunas cosas y con el tiempo la gente ocañera los terminó aceptando muy bien. (p. 51)

Sin embargo, es probable que esa mirada diferenciadora del otro, incluso discriminadora, haya sido recíproca:

Venían, yo creo, que... pensando de que todos eran muy indios alrededor, ¿sabes? Porque venían de otra cultura, no la entienden y tal. Y... siempre había una especie como de... no un racismo marcado, pero... que era una contradicción, porque luego la gente allí tenía un poco de historia con los inmigrantes árabes. En un principio, ahora ya no. (Vitar, 2007)

Los migrantes se percibían a sí mismos como distintos:

Así es toda mi familia, los genes árabes son muy fuertes y uno siente la diferencia frente a la fisionomía de otras personas por supuesto. En la fisionomía somos diferentes, los árabes tenemos una mirada más profunda, unas cejas diferentes, la nariz es un poco más erguida. Hay diferencias y uno lo nota con respecto a las demás personas. (Numa, citado en Pacheco, 2016, p. 50)

Además de las diferencias físicas, gastronómicas e idiomáticas, la forma de comercializar productos ofreciendo pagos a crédito, precios económicos y promociones, así como servicio al cliente, fueron innovaciones que se introdujeron en Ocaña marcando una diferencia con los locales.

El almacén de mi bisabuela Sara era muy adaptado hacia el campesino, y mucha gente de los pueblos que tenían negocios, venían a comprarle a mi abuela para vender allá; ella vendía telas popelina, otomanas, distribuía ollas de Imusa, hilos para los sastres, los encajes [...] y tipo diez de la mañana llegaba la señora que le trabajaba, con una bandeja grande con puros cafés con leche, pan ocañero con mantequilla y rebanadas de queso para todo el que estuviera en el almacén, el que estuviera comprando, el que fuera vecino...[...] a las cuatro de la tarde se repetía lo mismo. Si compraban por ejemplo dos metros de tela para mujer, les daba el encaje y la cremallera de más, si el hombre venía a comprar la camisa, entonces le daba la peinilla, así los mantenía felices a los clientes, ella era muy dada al campesino. (Numa, citado en Pacheco, 2016, p. 52)

Estas especificidades entre los establecidos y los recién llegados configuraron percepciones de superioridad, favoreciendo, de manera singular, a los inmigrantes. Había una cohesión grupal y una identificación compartida y habilidad para insertarse aceptando las normas tal que se daba una gratificante euforia relacionada con la toma de conciencia de pertenecer a un grupo que se supone con un valor más elevado (Elias & Scotson, 2016), pero sin el desprecio complementario

hacia otros grupos como se supondría, sino más bien con el interés de que se integrasen a esta forma superior de ser y estar.

Un ejemplo de la inserción en las normas queda claro con la participación política; la adaptación a los regímenes les permitió sortear buenamente la disputa entre liberales y conservadores durante el siglo xx.

Ellos no se complicaron la vida... cuando llegaban en un gobierno liberal se hacían liberales, cuando llegaban en un gobierno conservador se hacían militantes del partido conservador, y así sucesivamente [...] ellos nunca trataron de imponer su cultura como sucede ahora con culturas del mismo país, aquí por ejemplo tenemos la cultura paisa, y llegan y tratan de imponer por las malas su cultura, llegan los costeños y sucede de la misma manera [...], es decir, ellos no trataron de imponer nada, ellos trataron fue de adaptarse. (Almanya, citado en Pacheco, 2016, p. 52)

A su vez, los matrimonios de árabes con las hijas de las principales familias ocañeras permitieron en un principio entrar en la sociedad local. La segunda generación, los sirios, libaneses y palestinos, se insertaron en la vida política desempeñando un rol fundamental en los cambios de este orden, promovieron la difusión de nuevas ideologías basadas en las tendencias de pensamiento europeo, y con el dinero que lograron gracias a su trabajo, visto como un hecho de tenacidad y esfuerzo, financiaron el desarrollo de la región a través de las obras de infraestructura como fundación de barrios, pavimentación de calles y construcción de edificios (Pacheco, 2016).

La capacidad de los sirios, libaneses, palestinos y jordanos de asentarse e insertarse no estuvo exclusivamente relacionada con la propiedad monopólica de objetos, armas o medios de producción, sino por su capacidad de organizarse logrando cohesión y control entre ellos mismos y con los demás miembros de la comunidad. Precisamente, este mayor grado de cohesión permitiría al grupo preservar para sus miembros posiciones sociales con mayor potencial de poder, lo que refuerza su cohesión (Elias & Scotson, 2016), como se evidencia en la creación del Club del Comercio en Ocaña en donde se registraron como fundadores los siguientes miembros de la colonia siriolibanesa: Chaid Neme, Miguel Esper Busaid, Amado Numa Baene, Esteban E. Numa Baene,

César Numa Baene, Elias Julio Numa Lichea, Name Rafael Numa, José del Carmen Sabbagh, Jorge Tacilla Rincón y Hares Neme. Varios de ellos fueron presidentes del club entre 1945 hasta el 2013.

Tabla 1. Siriolibaneses presidentes del Club del Comercio en Ocaña

Número	Nombre	Año
1	Chaid Neme	1945
2	Chaquip Numa	1951
3	Yebrail Haddad Salcedo	1955/1961
4	Elías Numa Lichea	1957/1968
5	Jean Elam	1962
6	Esteban Numa Baene	1969
7	Torcoroma Gandur Abuabara	1991-1992
8	Alfonso Echavez Elam	2012-2013

Fuente: Pacheco (2016, p. 56).

A través de las donaciones, que fueron percibidas como gestos de generosidad para traer el progreso a la ciudad, los inmigrantes también lograron establecerse evitando la estigmatización o marginalidad como pudo darse con otros grupos. Acá priman los conceptos del carisma grupal e ideal del nosotros, que proponen Elias & Scotson (2016). Sin embargo, no todos los habitantes de Ocaña parecían estar de acuerdo con las prácticas comerciales de los siriolibaneses, por lo que en 1938 fueron víctimas de una asonada que afectó más sus locales comerciales que sus viviendas tras el confuso asesinato del líder liberal Néstor Barriga.

En las horas de la tarde la muchedumbre se lanzó a las calles con revólveres, machetes, azadones, barretones y toda clase de instrumentos que les sirvieran para arrancar puertas, destruir vitrinas y descargar toda su soberbia contra los comercios de la colonia árabe en esta ciudad, al grito de: “¡Abajo los turcos! ¡Fuera los turcos que mataron a Néstor Barriga! ¡Fuera el turco Wadith Romano, asesino!”. (Pacheco, 2016, p. 47)

Seis meses después, se determinó que el autor de intelectual del crimen fue su misma esposa, quien pretendía enviudar para emparejarse definitivamente con su amante. El señor Romano permaneció en la cárcel ese tiempo, y una vez fue dejado en libertad abandonó Ocaña junto con toda su familia.

Sirios, libaneses y palestinos en Cúcuta

La migración siria, libanesa y palestina en Cúcuta se ha surtido en dos momentos. El primero, en concordancia con el resto del país, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y el segundo, entre 1970 y 1980 cuando comerciantes de estas nacionalidades radicados en Maicao decidieron desplazarse hacia esta otra frontera colombo-venezolana; en adelante y hasta la fecha, de manera ‘graneada’ han llegado familiares de los establecidos a crear sus propios negocios o a brindarles apoyo en los ya existentes. Pero mientras que los migrantes de la primera y segunda oleada se insertaron y permearon la vida cotidiana y la cultura de la capital de Norte de Santander; son precisamente los recién llegados quienes se han preocupado por mantener sus prácticas religiosas y culturales. La mayoría son palestinos musulmanes que se autorreconocen como miembros del mundo árabe.

Sobre los primeros establecidos, Landazábal (2010) relata que en 1930 la casa comercial dirigida por Jorge Cristo Jr. ya se había expandido desde Cúcuta —donde fue creada por su padre en 1912— hacia Bucaramanga. En 1932, eran unos de los principales prestamistas del nororiente del país a través de su casa comercial Abrajim Hermanos y Compañía constituida por Azis y José Elcure Abraham y por Jorge Cristo Jr., pues en 14 años aportaron el 22 % de los dineros que sirios, libaneses y palestinos colocaban en el comercio bumangués. Elcure Abraham también hizo inversiones en tierras rurales ubicadas en Piedecuesta, Lebrija, Girón y Rionegro, su gran adquisición fue la hacienda El Playón de 50 hectáreas ubicada en Rionegro en límites con Norte de Santander, “posteriormente a finales de la década de los 40, empezó a vender sus posesiones en Bucaramanga y regresó a Cúcuta con su gran fortuna” (Landazábal, 2010, p. 165).

David Sus fue otro palestino, que, tras vivir en Cúcuta, migró en la década de los treinta a Bucaramanga. Hijo de Salomón Sus fue uno de los primeros médicos pediatras en esa ciudad; era conocido como “el médico de los pobres”, porque atendía a personas de bajos recursos sin cobrar honorarios, a cualquier hora del día o de la noche. Una vez establecido, su hijo también se dedicó a la medicina pediátrica, y para el 2010 ejercía en el Departamento de Pediatría de la Universidad Industrial de Santander.

En Cúcuta, se radicaron varios libaneses, sirios y palestinos como lo menciona Brahim (2016), un comerciante reconocido de la ciudad y apasionado del fútbol quien en varias temporadas dirigió el equipo local (Cúcuta Deportivo), el cual relata que la circunstancia de ser cristianos maronitas les facilitó asimilar la cultura y religión, con lo que no tuvieron inconveniente para casarse y constituir familias numerosas como la de sus padres, quienes tuvieron once hijos, conformando sus hogares y dando la posibilidad de ofrecer profesionales en varias áreas que le han aportado a la ciudad.

La presencia ‘árabe’ en Cúcuta se hizo muy apreciable desde mitad del siglo pasado, con almacenes recordados como:

El Salón Blanco, de Miguel Saikali; la Media Luna (en honor a la bandera de Tuquía), de Issa Musa Brahim, ubicado en la Avenida 6 11-81; el Philco, de Zacarías Abufhele, justo al lado de la Media Luna por la Avenida Sexta; Adán y Eva, de Zhodi Amra, diagonal al Parque de Santander por la calle 11; La Samaritana, de Chibli Sus; Del-ka de Elías Saad; Nilo de la familia Lamk; el Duque y la Duquesa, de Abdala Hnos; Marcia, de Yamal Mustafá; El Marqués, de Taha Hussein; Divina, de Chafick Adib; la sastrería París, de Fuad Assaf sobre la Avenida 5 entre 11 y 12; así como la sastrería de José Slebi y el almacén de telas de las Hermanas Vélez. Y no solo en Cúcuta, era tal la cantidad de almacenes que tenían en la Calle Real en Pamplona que la llamaban el “Canal de Suez”. (Brahim, 2016, p. 1)

En las últimas décadas, Cúcuta continúa siendo receptora de migrantes palestinos, aunque el concepto *migrantes* contiene para ellos mismos una carga negativa.

Mi papá llegó acá para conseguir una mejor calidad de vida, pero no quiero decir emigró. No vamos a llamarnos inmigrantes, porque no somos inmigrantes. Lo inmigrantes son personas que no tienen documentos, el país los acoge, pero obviamente son limitados, no tienen derechos en el país. Algunos de mis familiares si son emigrantes porque les tocó salir de su país, por ejemplo, por la guerra en Siria, les tocó salir con la ropa que tenían, escapar. (M. Hussein, comunicación personal, 2 de diciembre de 2018)

Otros reconocen que su país de origen no ofrece todas las garantías y por esto, abandonarlo es una opción para mejorar su calidad de vida, “yo salí más que todo la ocupación israelita sobre el territorio palestino. Eso es lo que ha afectado a Palestina; esa es la situación allá y sigue así, no ha terminado”, explicó (W. Awad, comunicación personal, 2 de diciembre de 2018), quien llegó a Colombia en los años noventa, a reunirse con su familia, cuyo abuelo había llegado a Cali en la década de los cincuenta y posteriormente se trasladaron a Cúcuta a finales de los setenta.

Wafa Awad ingresó como ciudadano jordano y Mohammad Jaber Hussein con su nacionalidad colombiana, pues su padre la había recibido,

Alguno de los políticos era de origen árabe, y ese político consiguió, no sé si era concejal o alcalde, que nos entregaran la nacionalidad sin tener que esperar los cinco años y otras cosas; fue una forma de apoyar a los árabes para que pudieran tener propiedades y pudieran tener un buen comercio.

Sobre su proceso de establecimiento en la ciudad coinciden en qué se les ha permitido continuar con sus prácticas culturales y religiosas sin ningún inconveniente,

Yo hablo con mi familia en árabe. Desayuno comida árabe. Yo sigo árabe. Estando acá no me van a afectar mis cosas personales. Eso no me lo van a quitar, mientras esté cumpliendo las normas

del país, nada me puede afectar mi vida personal. (M. Hussein, comunicación personal, 2 de diciembre de 2018)

Por su parte, Awad expresa:

Se han podido hacer, por ejemplo, los matrimonios árabes al estilo palestino, tanto vestido, las canciones y las cosas las hemos hecho sin ningún problema. Está el centro religioso, lo tenemos para todas las comunidades que están acá, no solamente palestinos, sino como libaneses, sirios, musulmanes que van al centro cultural ubicado aquí en Cúcuta. (W. Awad, comunicación personal, 2 de diciembre de 2018)

Hay una clara percepción de que mientras no se infrinjan las normas colombianas es posible para un extranjero establecerse en la ciudad y el país, siempre y cuando este tenga la posibilidad de obtener los medios para su supervivencia; el grupo establecido, entonces, entiende como “una amenaza para su propia posición, su virtud y gracia especiales a los marginados interdependientes, quienes son más indulgentes o de quienes se sospecha que los son, en la observancia de aquellas restricciones cuyo carácter estricto mantiene su posición entre iguales” (Elias & Scotson, 2016).

Conclusiones

La migración siria, libanesa y palestina, y jordana, en menor medida, en Norte de Santander, especialmente en Cúcuta y Ocaña, permitió la configuración de una sociedad cosmopolita en una región que históricamente, por estar ubicada en la frontera colombo-venezolana, se ha acostumbrado al asentamiento o movilidad de ciudadanos de diferentes países o de otras regiones del país. Las trazas de estas se evidencian en la gastronomía, el comercio, la construcción, pero especialmente, en la vida política regional con claros representantes en la Familia Cristo, los Lamk y en los Assaf Elcure, por ejemplo, en los ochenta y noventa. En esa participación política contaron en varios periodos desde la administración municipal y departamental con mandatarios como Jairo Slebi y Eduardo Assaf Elcure (Rodríguez, 2018).

Es posible establecer tres momentos en la migración sirio, libanesa y palestina en el departamento, el primero, similar a la que se registró en el resto del país, a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, y el segundo, en la década de los setenta y ochenta con el *boom* del comercio colombo-venezolano debido a los altos precios del bolívar frente al peso. Sin embargo, el primer momento evidenció un proceso de establecimiento, desde la perspectiva de Elías & Scotson (2016), que evitó la marginalidad. Las relaciones de poder fueron menos tensas, puesto que los recién llegados se adaptaron con facilidad a la comunidad receptora insertándose en su vida cotidiana, la profesión de la fe cristiana e innovando en prácticas comerciales. También promovieron las obras de beneficencia o las mejoras a las obras públicas, lo que significó la aceptación en círculos económicos y sociales con capacidad de decisión.

El segundo momento de llegada a Norte de Santander significó la inserción de nuevos miembros a una comunidad establecida que sacó provecho del proceso previo: obtención de nacionalidad, posibilidad de trabajo, creación de nuevos negocios como venta de ropa y textiles, por último, apertura de restaurantes, también ligado a un *boom* gastronómico y barista en Cúcuta. En la ciudad, se caracterizaron por dedicarse en primera instancia a ser comerciantes, pero al radicarse y conformar sus hogares, sus hijos empiezan a relacionarse con las mujeres cucuteñas, dando paso a tener presencia desde diferentes profesiones en salud, educación, ingeniería, periodismo y en el sector público donde han ocupado cargos representativos y de gobernantes.

Hasta entonces, la presencia de estos extranjeros era vista con normalidad, puesto que, insertos en la vida cotidiana, habían surtido con creces una suerte de hibridación cultural que les permitió no ser *outsider*. Sin embargo, los nuevos arribos ocurridos en las décadas más recientes permiten evidenciar a unos inmigrantes ya no temerosos ante la necesidad de ‘encajar’, de ser aceptados, sino decididos a expresar sus diferencias y conservarlas, por lo menos, en lo privado y en sus actos grupales. Tanto Awad (2018) como Huseein (2018) aceptan su condición de ser árabes y musulmanes, respetados en la comunidad en donde viven, a pesar de que algunas veces han sido interrogados por su religión, por ejemplo.

En algunos momentos me dicen: ¿ustedes por qué son malos, por qué explotan⁶ a la gente? Eso es ya otra cosa, por los medios. Yo no salí de guerra, yo nunca viví una guerra, mi papá sí en Palestina cuando entraron los israelitas, pero yo nunca estuve en guerra. O que no han podido obtener su nacionalidad, porque ingresaron al país cuando aún no se reconocía a Palestina como Estado, y recibían un documento que los identificaba como jordanos o sirios, siendo esta confusión una dificultad actual para dicho trámite, como el caso de Awad. (2018)

Cúcuta y Ocaña, dos de las principales ciudades de Norte de Santander, fueron y continuarán siendo el escenario de fenómenos migratorios por su posición geoestratégica de frontera, sean estos tradicionales o pendulares. Es imposible predecir si los futuros recién llegados se establezcan o si en algún momento puedan ser *outsiders* o extranjeros, en un territorio que ya tiene sus propios marginados por cuenta del conflicto armado colombiano que las hizo receptoras de población desplazada desde otros municipios o de otros departamentos del país. Lo cierto es que para muchos es su patria chica, su terruño, y están insertos en sus dinámicas de ciudad, de habitarla; mientras que para otros posiblemente sea todavía un no lugar.

Referencias

- Alcalde, R. (2011). De los outsiders de Norbert Elias y de otros extraños en el campo de la sociología de las migraciones. *Papers, revista de Sociología*, 96(2), 375-387. DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v96n2.83>
- Azcárate, G. (2012). *Historia de la familia*. Recuperado de <http://sites.rootsweb.com/~domwgg/arabesamerica.htm>
- Awad, W. (2 de diciembre de 2018). Migración sirio, libanera y palestina a Cúcuta. (E. C. Acevedo, entrevistador).
- Bauman, Z. (1995). Making and unmaking of Strangers. *Thesis Eleven*, 43(1), 1-16. DOI: <https://doi.org/10.1177/072551369504300102>

6 Se refieren a las inmolaciones.

- Bejar, H. (1994). Norbert Elias, retrato de un marginado. *Reis*, 65(94), 13-26.
- Brahim, F. (5 de agosto de 2016). Migración árabe a Cúcuta. Recuperado de <https://www.unicentrocucuta.com/uninoticias/migracion-arabe-cucuta/#comments>
- Núñez, K. (2006). Ocaña tierra que amaña. Recuperado de <http://ocanaelotroplaneta.galeon.com/historia.html>
- Elias, N. (2002). *Mozart. Sociología de un genio*. Barcelona: Ediciones Península.
- Elias, N. & Scotson, J. (2016). *Establecidos y marginado. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. España: Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. & Scotson, J. (1965). *The established and the outsiders: A Sociological Enquiry into Community Problems*. London: SAGE Publications.
- Fawcett, L. & Posada, E. (1992). En la tierra de las oportunidades: los sirio-libaneses en Colombia. *Boletín Cultural y Biográfico*, 29(29), 3-22.
- Garnica, M. A. (1992). Guarapo, champaña y vino blanco. Presencia alemana en Santander en el siglo XIX. *Boletín Cultural y Biográfico*, 29(29), 41-60.
- Harris, M. (2004). *Teoría sobre la cultura en la era posmoderna*. Barcelona: Crítica.
- Herrera, B. (2016). *Los árabes en Colombia*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.
- Houraní, A. (2003). *La historia de los árabes*. Barcelona España: Ediciones B.
- Hussein, M. J. (2 de diciembre de 2018). Migración sirio, libanesa y palestina en Cúcuta. (E. C. Acevedo, entrevistador).
- Landazabal, L. D. (2010). *Presencia de sirios, libaneses y palestinos en Bucaramanga entre 1890-1950*. Tesis de pregrado, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga.
- Lemaitre, E. (1983). *Historia general de cartagena Tomo IV*. Bogotá: Banco de la Republica.
- Martínez, F. (2009). Vargas, Pilar y Suaza, Luz Marina. Los árabes en Colombia. Del rechazo a la integración. *Boletín Americanista*, 59, 304-306. Bogotá. D.C.: Planeta, 2007.
- Numa, Z. (1990). *Sirios, palestinos y jordanos en Ocaña*. Ocaña: Tipografía Torcoroma.

- Pacheco, D. A. (2016). *Reconstrucción de la memoria histórica de la emigración de libaneses, sirios, palestinos y jordanos en Ocaña, norte de Santander*. Tesis de grado, Universidad Francisco de Paula Santander, Ocaña, Norte de Santander.
- Rodríguez, B. (16 de Septiembre de 2018). La comunidad turca. *La Opinión*.
- Rodríguez, H. (1989). *La inmigración alemana al Estado Soberano de Santander en el siglo XIX: repercusiones socio-económicas de un proceso de transculturación*. Bucaramanga, Colombia: Gobernación de Santander, Secretaría de Educación Pública.
- Vargas, M.P. (2008). Política y legislación inmigratoria en Colombia: el caso de los árabes. En: K. Hauser & D. Gil (Eds.), *Contribuciones árabes a las identidades iberoamericanas* (pp. 155-190). Madrid: Casa Árabe-IEAM.
- Viloria, J. (2003). *Lorica, una colonia árabe a orillas del Sinú*. Cuadernos de Historia Económica y Empresarial. Cartagena de Indias: Banco de la República.
- Vitar, B. (2007). Inmigrantes sirios y libaneses en Venezuela y Colombia. Historias de vida. En: F. Navarro, *Orbis incognitus: avisos y legajos del Nuevo Mundo: homenaje al profesor Luis Navarro García* (pp. 597-604). Huelva: Universidad de Huelva.
- Yunis, E. (2003). *¿Por qué somos así? ¿Qué pasó en Colombia? Análisis del mestizaje*. Bogotá: Editorial Temis.

